

PRESENTACIÓN DEL PADRE MACGREGOR EN EL PARLAMENTO DE LA REPÚBLICA

He sido invitado por el padre Felipe MacGregor para presentarlo ante ustedes en esta especial ocasión en la que ofrecerá uno de sus siempre oportunos y lúcidos mensajes en esta sala que lleva el inspirador nombre de Raúl Porras Barrenechea. Desde ya ofrezco las disculpas a este honorable auditorio si acaso, al cumplir mi honroso cometido, no sea capaz de dar con las palabras y las frases que me permitan describir con exactitud las virtudes de tan ilustre amauta. Espero, sin embargo, que esta breve introducción alcance a explicar el porqué de la presencia del padre Mac Gregor aquí y hoy, en estos históricos recintos que albergan a uno de los poderes del Estado y en los que, por ello mismo, debe imperar siempre la palabra no solamente lúcida, sino también y sobre todo, honesta e ilustrada.

Si un encargo como el que hoy cumplo sería honroso para todo peruano atento al devenir intelectual y moral de la Nación, lo es doblemente para mí, tanto por mi condición de rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, cuanto por los lazos que me unen personalmente, de manera perdurable, al sacerdote cuya palabra hoy nos convoca.

El nombre de Felipe Mac Gregor está, en efecto, estrechamente unido a la historia de la Universidad Católica, cuya comunidad académica

reconoce en él a uno de sus más preclaros forjadores. Como catedrático de lógica y moral, como ejemplar rector y hoy como investigador de los temas de Cultura de Paz, ha dejado enseñanzas y huellas profundas a lo largo de varias generaciones. En sus clases de lógica y moral, infundía a los estudiantes noveles los fundamentos que construyen la rectitud del pensamiento y la justicia en el actuar. En su recordada gestión rectoral, la Universidad Católica tomó un impulso renovador que la llevó a afianzarse como institución académica y a acentuar su papel de voz indispensable en el acontecer nacional. Y ya habiendo cumplido con creces su deber de maestro y conductor, ha querido prolongar su compromiso atendiendo los problemas más acuciantes del Perú y así dedica hoy su contagioso vigor a pensar y hacer pensar sobre la Cultura de Paz, ese preciado anhelo que nos falta realizar.

He mencionado las virtudes de maestro y forjador que distinguen al padre Mac Gregor y lo he hecho como autoridad que conoce la historia del claustro. Pero a la vez este testimonio no puede sino ser personal, pues desde mis años de estudiante he sido testigo y beneficiario de su inteligencia, de su generosidad y de su exigente rectitud.

La palabra “maestro” tolera muy variadas acepciones. Me gusta pensar que un maestro es aquel que, en lugar de darnos las soluciones a cada uno de los problemas particulares, siembra en nosotros un temple intelectual y espiritual que no nos abandona y al que podemos acudir a lo

largo de los años, cada vez que necesitamos inspiración para encontrar nuestro camino ante las incesantes encrucijadas que nos ofrece la vida. Y para mí el padre Felipe Mac Gregor es uno de esos personajes excepcionales. Todavía recuerdo aquella ocasión en que, intimidado por las responsabilidades que acarreaba un encargo que me confió hace muchos años, apenas concluidos mis estudios doctorales, acudí a él para confiarle mis aprensiones. El padre Mac Gregor acogió mi confesión con simpatía, pero sin indulgencia, y me propuso como ejemplo la decisión de los hombres de mar que, sorprendidos por una tormenta, se aferran firmemente al mástil en lugar de abandonarse al abatimiento o la zozobra. Todavía hoy, puesto ante dilemas mayores que los de entonces, acudo a esa enseñanza; e incluso al pensar en las peripecias de nuestra patria, me pregunto si aquella lección de rigor ético y de reafirmación de los valores en que siempre nos hemos apoyado será el punto de partida que necesitamos.

Esto último me motiva a destacar el papel que en las más variadas ocasiones ha cumplido el padre Mac Gregor como acicate de la conciencia pública. Un papel que, recordemos, desempeñó con entereza y audacia en aquellos oscuros años en los que la nación sufrió las más cruentas agresiones de la violencia terrorista y que se expresó en numerosos documentos que publicó como resultado de sus reflexiones. En aquellos tiempos nos enseñó que la paz no consistía únicamente en el cese de la

matanza y del fuego, sino que era primordialmente un bien que poseía contenido propio, en el que se integraban armoniosamente el funcionamiento de las instituciones sociales y los fines que persiguen las personas para alcanzar su felicidad. Nos enseñó que no había paz allí donde campeaban la injusticia y la inequidad. Así, superado en gran medida el problema del terrorismo, sus reflexiones sobre lo que él sintetizó en la expresión “Cultura de Paz” hoy deben llamarnos la atención sobre aquellos obstáculos que enervan la armonía social a la que todos los peruanos tenemos derecho, como son los compromisos turbios, las intenciones opacas, la ausencia del respeto a la ley, la deliberada sordera ante el reclamo ciudadano y, por supuesto, la complicidad de quien, hallándose en el deber de cautelar la limpieza de la vida institucional, avala por acción u omisión las iniquidades que la corrompen.

Por todo ello encuentro muy oportuna la invitación extendida al padre Mac Gregor. Oír su mensaje posee, en efecto, un particular interés en estos días turbulentos en que nuestra vida cívica se ve sacudida por tormentosas desavenencias que amenazan hacer zozobrar la confianza en el futuro inmediato de nuestra democracia. Esas desavenencias, y el proceso por el cual aspiramos a resolverlas, recorren obviamente el terreno de la política. Pero, como todos sabemos, la política es el reino de los medios y como tal carece de sentido si no está arraigada en fundamentos morales. El momento reclama, pues, las lecciones de un maestro de moral y por ello

tengo la convicción de que este encuentro de hoy con el mensaje del padre Mac Gregor no puede ser sino fructífero, pues él nos permitirá aclarar en nuestra imaginación cómo delinear esos espacios de regeneración y reencuentro que la ofuscación de la contienda política oculta a veces a nuestra mirada.

Nos dice un poeta que las palabras son puentes. Sirven, pues, para conjurar las distancias y tender caminos a la comprensión con los otros. Pero la condición indispensable para que ello ocurra es que cada uno de nosotros respete esa senda común que es el lenguaje. Cuando uno de nosotros elige torcer el sentido de las palabras y desconocer sus compromisos con los demás aparándose en los subterfugios y los malos entendidos, no sólo incurre en un yerro lógico, sino también en un error ético, pues atenta contra un bien de todos, esta casa grande y nuestra que es el verbo.

Los dejo ahora con una personalidad que, entre las muchas lecciones que puede ofrecernos, posee la del hablar con lenguaje franco, directo, abierto y consistente. Esta virtud nos ayudará a recuperar la claridad con la que debemos juzgar el sentido de nuestros actos. Los invito, pues, a escuchar con atención la palabra del padre Felipe Mac Gregor.

Muchas gracias.

25/10/2000